

Mateo 17:1-9

Transfiguración 2002, Mateo 17:1-9 Himnos 38,37,192 AT: Éxodo 24:12-18; Ep. 2 Ped. 1:16-21.

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd. Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo. Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos. Mateo 17:1-9

A través de la estación de la Epifanía hemos visto en palabra y obras la gloria divina de Jesús que estaba oculta tras la forma de un siervo en que entró en este mundo para salvarnos. Esta revelación de su gloria divina había hecho que los discípulos creyeran en él (Juan 2:11). Había conducido a Pedro a afirmar en nombre de todos los discípulos: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Sin embargo, cuando Cristo entonces reveló que lo que este Cristo haría es someterse a la más vil humillación, la muerte, y muerte de cruz, diciendo: “que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho a manos de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día”, ese mismo Pedro había reaccionado con espanto e incredulidad. “Señor, ten compasión de ti mismo. ¡En ninguna manera esto te acontezca!” A Pedro y a los demás discípulos les faltaba mucho para realmente estar preparados para lo que pronto acontecería al Señor, su ignominioso sufrimiento a manos de pecadores y su muerte en la cruz.

Nosotros también muchas veces formamos nuestro propio concepto de lo que Cristo y Dios deben hacer, y cuando no actúan conforme a ese concepto que hemos inventado nosotros mismos, corremos el peligro de abandonar a este Dios que sigue sus propios planes, a ofendernos por él, y así perder la salvación que él tiene el propósito de darnos. Nosotros también necesitamos ser preparados para una vida de servicio fiel a éste que se hizo un esclavo por todos nosotros. La transfiguración tenía el propósito de preparar a los discípulos y a nosotros a ver la realidad de quién es ese Jesús que toma el camino que le conduce a la cruz, y que conduce a nosotros también por el camino de la cruz: “Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.” (Mat. 16:24-25).

Para que no perdamos el ánimo, sino que veamos que es nuestro Salvador glorioso que va por ese camino y que nos conduce por ese camino, meditemos en el tema: **Jesús prepara a sus discípulos para su pasión.** Lo hace: I. Al darles un gusto anticipado de su gloria; II. Al permitir que Moisés y Elías les confirme su propósito salvador; III. Al permitirles presenciar el testimonio del Padre.

El mismo Señor que ha anunciado que sufriría mucho a manos de los oficiales de su propio pueblo y a las de los gentiles, y sería muerto, es el Señor de gloria. Ahora, lejos de las distracciones de las multitudes, de la curiosidad del pueblo, aun de la presencia de los demás discípulos, Jesús conduce a sus discípulos aparte a un monte alto. “Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto”. Es evidente que lo que iba a suceder allí tendría un propósito especial de preparar a ellos para lo que iba a sucederle, puesto que si fuera sólo para él podría haberse retirado él solo. Quería que estos tres discípulos vieran y oyeran las cosas que le sucederían allí, porque con el tiempo llegarían a entender por este medio quién es realmente el que se dedica al camino de la cruz y cuál es su gloria, una gloria que tiene la intención de compartir con los que crean en él y le sigan en el camino de su propia cruz a la gloria celestial que él prepara para ellos.

Allí el Señor se transformó delante de ellos. Había ocultado su gloria divina, sólo dejando que algunos milagros les diera un vislumbre de esta gloria durante su ministerio en la tierra. Iba a ocultarlo aún más, hasta el punto en que tuvo que experimentar ser abandonado por su Padre celestial y clamar: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Sin embargo, por este momento permitió que toda su gloria divina apareciera a través de su forma humana. “Y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz.”

Mateo Henry comenta: “La gran verdad que declaramos es que ‘Dios es luz’ (1 Juan 1:5), que ‘habita en luz’ (1 Tim. 6:16), ‘Se cubre de luz’ (Salmo 104:2). Por tanto, cuando Cristo quiere aparecer en la forma de Dios, apareció en luz, la más gloriosa de las cosas visibles, primogénito de la creación, lo que más se asemeja al Padre eterno”.¹ Esta luz incomparable, tanto que aun sus vestidos “se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede dejar tan blancos”,² mostraba la realidad de aquella persona que pronto marcharía en el camino a Jerusalén para morir. Es Dios mismo el que escoge este camino. Lo hace por ti y por mí, porque todos nosotros hemos merecido la muerte a causa de nuestros pecados, y “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Los discípulos y nosotros debemos saber que Cristo no murió porque no lo pudo evitar, que su muerte no es signo de su fracaso, de modo que debemos buscar a otro Mesías como enseñan los israelitas, por ejemplo. Todo lo contrario. El que va a morir es el Dios todopoderoso y glorioso, y lo va a hacer sólo a causa de su amor para con nosotros los pecadores que estaríamos eternamente perdidos sin esta muerte en la cruz. En realidad, es por esta razón que la pasión y muerte de Cristo dan tanto consuelo a nosotros. Si el que murió por nosotros no es sólo un hombre humilde, sino al mismo tiempo el glorioso Dios eterno, esta

muerte tiene que valer lo suficiente para cubrir todo nuestro pecado, para perdonar todas nuestras ofensas, y para garantizar a nosotros un lugar en su reino glorioso y eterno.

Jesús también permitió que estos discípulos vieran a dos de las figuras más destacadas del Antiguo Testamento conversando con él. “Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él”. Lucas nos dice que “hablaban de su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén”.³ Aquí, también rodeados de la gloria de que son herederos los redimidos que han partido de este mundo, están los dos representantes destacados de la ley y de los profetas, las grandes divisiones del Antiguo Testamento. Saben por qué están allí. Conversan con Jesús de su “partida” o “éxodo” que iba a cumplir en Jerusalén. Ven la muerte de Jesús como un peregrinaje a través de la aflicción a la victoria, así como los Hijos de Israel en un tiempo habían salido de la aflicción de Egipto a la libertad al otro lado del Mar Rojo.

El propósito de esta aparición debe haber sido impresionar a estos discípulos que el camino que Jesús estaba tomando había sido previsto por el mismo Antiguo Testamento. Las profecías de la gloria del Mesías, profecías que en aislamiento sugerían la idea equivocada de Pedro de que el sufrimiento y muerte de Jesús estaban en contradicción de tan gloriosas profecías, en realidad estaban balanceadas en la Escritura misma del Antiguo Testamento con otras profecías del Siervo que sufre, fue rechazado, fue desfigurado, rechazado por Dios y los hombres, y que solamente al cumplir con estas profecías entraría en su gloria. Tal vez Pedro, Jacobo y Juan no iban a comprender todo esto ahora, pero después, en el cumplimiento, este testimonio sería comprensible y les confirmaría el mensaje de Jesús: primero la cruz, después la corona.

Un pastor una vez visitaba a uno de sus miembros, que tenía como visita a una persona escéptica. Esa persona dijo que no daba ninguna confianza a la Biblia, porque no era mejor que cualquier otro libro religioso, inventado por los seres humanos. El pastor sencillamente sacó su Biblia y comenzó a leer el Salmo 22. Después de terminar su lectura, preguntó a ese visitante: ¿De quién supones que está hablando este pasaje? — De Jesús, pues, fue la respuesta. Dijo el pastor: Efectivamente. Sin embargo, ¿esto fue escrito mil años antes que Cristo viniera a la tierra y muriera! Esta aparición de Moisés y Elías para hablar con él específicamente de la muerte de Cristo en Jerusalén debe impresionar también a nosotros que este acto, llevado a cabo para nuestra salvación, es el tema central de toda la Escritura, no sólo del Nuevo Testamento, sino también del Antiguo, y debe asegurarnos que realmente somos redimidos por esta muerte.

Sin embargo, no sólo Moisés y Elías hablan de Cristo y su muerte en Jerusalén, el mismo Padre celestial, hablando de su nube de gloria, declara su agrado con este camino que Jesús tomó para nuestra redención. “Una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd”. Una vez antes, cuando Jesús fue bautizado por Juan en el Jordán, los cielos se abrieron y el Padre declaró su agrado por el camino de solidaridad con los pecadores que Jesús había escogido. Ahora, poco antes que Jesús “afirmó su rostro para ir a

Jerusalén” (Luc. 9:51), el Padre otra vez declara a los discípulos: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

Aquí hay algo que nuestra razón no puede comprender. ¿Cómo puede el mismo Padre que tiene complacencia en aquel que llama su Hijo amado, al mismo tiempo rechazar y abandonar a este Hijo por las tres horas negras en la cruz del Calvario? Sólo podemos decir que cuando lo rechazó, fue nuestro pecado que fue puesto sobre él que estaba rechazando y castigando, para que nosotros no tuviéramos que sufrir este castigo y abandono de parte de Dios. Y que aún así ama a este Hijo que toma nuestro lugar en la cruz, porque Dios no tiene otro deseo mayor que el de nuestra salvación.

Sin embargo, este modo de ser salvo es tan ofensivo a nuestra carne y razón como a los discípulos. Por eso la necesidad también de la exhortación del Padre: “A él oíd.” Todo lo que él dice es para nuestro bien y nuestra salvación. Sin embargo, si rechazamos lo que él dice, se nos pedirá cuentas, como dice Deuteronomio. Esto era el peligro de Pedro, cuando en reacción a la profecía de Jesús de su sufrimiento y muerte le dijo: “Señor, ten compasión de ti mismo. ¡En ninguna manera esto te acontezca!” Los pensamientos de Pedro pueden parecer compasivos y cariñosos, pero su verdadero origen era Satanás. El único resultado de seguir el razonamiento de Pedro en vez de la palabra de Jesús sería frustrar el plan de salvar a Pedro y a todos los demás pecadores.

En nuestro tiempo también hay muchas voces, todas reclamando que ellos tienen la verdad en la religión. Sin embargo, para que seamos salvos, sólo hay un mensaje que nos rescatará y nos sostendrá. Así Lutero también declaró: “El diablo incendiará la luz de la razón y te robará la fe. Esto es lo que sucedió con los anabaptistas y los antisacramentarios, y ahora no nos quedan más que instigadores de la herejía. Más de treinta fanáticos han llegado a mí para tratar de enseñarme, pero refuté todos sus argumentos con este pasaje: ‘Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd’. Y hasta ahora por la gracia de Dios me ha sostenido este pasaje; de otro modo hubiera tenido que aceptar treinta religiones diferentes”.⁴ Muchos de los jóvenes que están aquí hoy pronto estarán escuchando muchas voces discordantes que cuestionan su fe y la palabra de Dios en sus academias, institutos y universidades. No les hagan caso. Quédense sólo con la palabra de Cristo, confiando en él y la salvación que ganó por ustedes en la cruz, y encontrarán que tienen un ancla firme que les protegerá de las tormentas de la herejía y la incredulidad.

Todo esto fue una experiencia magnífica para los discípulos, tanto que querían quedarse allí y Pedro dijo: “Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías”. Pero no pudo ser. El camino a la gloria para Jesús llevaba a través de la cruz. También los discípulos tendrían que hacer mucho y sufrir mucho antes de entrar en su gloria para que otros también conocieran la palabra de Cristo que les conduciría a la salvación. Tendrían que bajar de este monte al llano. Pero no irían solos. Su Salvador les acompañaría en todos los días que vendrían. “Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no

temáis”. Bajaron de la montaña, y Jesús, al hablarles otra vez de su resurrección de los muertos, les recordó que tendría que sufrir y morir como les había dicho.

Tuvieron que bajar. Esto fue sólo un gusto anticipado de la gloria que ellos y todos los creyentes en Cristo tendrán al final. Pero no había quedado sin efecto. Pedro nos dijo en la Epístola para hoy: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad, pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia». Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo”.⁵

Para muchos de ustedes, lo que han pasado este fin de semana es también un momento de gloria. Están en la presencia de su mismo Señor al estudiar juntos su palabra, fortaleciéndose en la fe y viendo la aplicación de la palabra a su vida diaria. Se han gozado del privilegio del compañerismo con otros que aman al mismo Salvador y confiesan la misma verdad. Tal vez piensen como Pedro, “Es bueno estar aquí”, y quisieran que esta experiencia no terminara. Pero no puede durar. Tenemos que bajarnos de la montaña para servir al Señor en el llano de nuestra vida diaria. Allí habrá decisiones por hacer, testimonio de su fe para dar, personas para ayudar por amor a Jesús. Vendrán muchos retos y peligros en los días y años que vienen. Sin embargo, no irán solos de este lugar. El Señor que les ha hablado en su palabra les acompañará, no importa qué sea lo que les espera después. Y fijándose en él y su redención y su palabra, ustedes estarán también finalmente con Cristo mismo, con Moisés, con Elías, con Pedro, Jacobo y Juan, y con todos los redimidos en la gloria celestial. Lutero comentó: “Se dice en Lucas 2:9 que cuando el ángel vino a los pastores, el brillo del Señor les iluminó. Así fue el rostro de Cristo en el monte Tabor también (Mat. 17:2). Y así será nuestro rostro cuando en el día final seamos resucitados para la gloria que Cristo ha obtenido para nosotros”.⁶ Dios conceda que esta vista anticipada de la gloria de nuestro Salvador, una vista de la gloria que nosotros compartiremos por su gracia, nos anime y consuele en los días oscuros de nuestro peregrinaje terrenal. Amén.